

POR UNA VERDADERA REVOLUCIÓN

En los últimos tiempos un gran movimiento de masas se ha activado en el Estado español. Importantes sectores de la población, espoleados por cómo está el capital reestructurándose con la crisis, han despertado, tras un prolongado letargo, a la vida política. Naturalmente, una de las características de este heterogéneo movimiento es la falta de un referente claro respecto a qué contraponer al sistema capitalista vigente.

Como no podía ser de otra manera, espontáneamente el movimiento, huérfano de bagaje y experiencia política y rehuyendo cualquier adscripción a alguna corriente revolucionaria histórica, dejado a su solo impulso, no ha conseguido articular una alternativa sólida que oponer al capitalismo. El movimiento, en general, no ha hecho otra cosa, con todos los méritos y defectos que le son propios, que navegar a la contra, a la defensiva de los ataques, difamaciones y medidas impulsadas por el enemigo, es decir, la burguesía articulada a través de su Estado. Precisamente, esa posición defensiva y la negación de cualquier reflexión histórica que lo situara respecto al sistema al que busca oponerse, ha sido la causa de que, en general, la ideología, los métodos y las propuestas que ha engendrado el movimiento no hayan escapado a la lógica del sistema, sino que se ha movido siempre a través de sus coordenadas, matizadas, claro está, por un reformismo radical. De este modo, el interclasismo, el pacifismo, el parlamentarismo y el parcialismo han sido los ejes en torno a los que se ha nucleado el discurso *indignado*.

Así, a falta de otro referente o reflexión, ha sido la llamada “*revolución*” islandesa la que ha atraído la atención de los indignados. Y es que en ella se plasman todos esos elementos políticos: una revuelta *ciudadana*, que pretende ir más allá de clases sociales, pacífica, que ataca sólo algunas consecuencias parciales del capitalismo (su aspecto *especulativo* o *neoliberal*) y que busca la participación de esa misma *ciudadanía* en las instituciones vigentes, fundamentalmente el parlamento, a las que se busca regenerar pero no destruir, como por ejemplo está sucediendo con la reforma de la Constitución islandesa.

Todo ello está sucediendo en un país integrado, aunque periférico, en los centros del imperialismo, esos países en los que el relativo *bienestar* de una parte de la población es una consecuencia del expolio y la rapiña que sufre la inmensa mayoría de la humanidad, ésa que habita el denominado *tercer mundo*.

Esto nos señala la característica esencial de la “*revolución*” islandesa, que no es sino la panacea de las llamadas *clases medias*, esos sectores sociales que gustosamente decidirían en asamblea quedar al margen de la historia y sus ajetreos. Islandia es, pues, la utopía pequeñoburguesa de quienes no cuestionan las relaciones de explotación que gobiernan el mundo y pretenden alzar la voz sólo cuando alguna consecuencia les afecta a ellos, realizada en un país diminuto y periférico del centro imperialista. Además, por ello mismo, está siendo utilizada como escaparate de cómo debe hacerse una “*revolución ejemplar*”... ejemplarmente inofensiva para el capital, como vemos, para dificultar la conformación de una alternativa auténticamente revolucionaria a la crisis permanente que es el capitalismo en su fase imperialista.

Frente a esta “*alternativa*” de privilegiados, se abre paso hoy en el mundo, y mucho más silenciada por los *media*, una auténtica revolución que tiene por escenario una de las principales potencias llamadas *emergentes*, India. Aquí, las aspiraciones de gran potencia y la voraz expansión de las relaciones capitalistas se entremezclan con la sumisión de centenares de millones de personas a las ataduras y discriminaciones del sistema de castas y a una brutal pobreza. Allí, donde, a diferencia de la fría Islandia, sí se concentran las contradicciones de nuestro mundo, como la emergencia de nuevas potencias imperialistas en medio de la crisis de los centros tradicionales del imperialismo, o la colusión de las relaciones sociales capitalistas con formas de producción anteriores; allí se está dando el mayor proceso revolucionario que estremece al mundo en la actualidad.

En India, desde 1967, millones de campesinos y obreros se hayan empeñados en una lucha por cambiar radicalmente y de base este injusto y podrido mundo. Desde 2004, en que las principales organizaciones revolucionarias indias se fusionaron, este proceso se muestra

especialmente pujante y ya ha sido declarado por el gobierno indio como “la mayor amenaza a la seguridad interna” del Estado, que ha lanzado una vasta operación militar de represión y exterminio, denominada *Cacería Verde*, contra los revolucionarios, conocidos como naxalitas, y los cada vez mayores sectores de la población que les apoyan; represión que los naxalitas están enfrentando exitosamente.

Muchas son las diferencias que separan las condiciones de India y del Estado español, pero desde luego los naxalitas nos brindan varias lecciones universales que los que queremos transformar este mundo desde los cimientos no podemos ignorar.

En primer lugar, que para enfrentarse a un sistema que lleva siglos instalado y que cuenta con un ingente potencial económico, social, cultural y militar, no son suficientes los buenos deseos, sino que se necesita tener en cuenta toda la experiencia anterior de los oprimidos en la lucha por su liberación, así como las leyes sociales objetivas que gobiernan este sistema, independientemente de nuestra voluntad. Es decir, para enfrentarse al capitalismo con garantías de éxito y evitar que nos reconduzca y asimile, necesitamos una teoría revolucionaria. Los naxalitas, armados con un auténtico marxismo revolucionario, forjado en la lucha contra el revisionismo, esto es, la ideología burguesa en las filas de los explotados, nos muestran el camino.

En segundo lugar, la lucha contra un sistema férreamente organizado, sofisticado y militarizado, requiere de la organización de los oprimidos, precisamente esa organización que sirva de puente entre la teoría revolucionaria, mapa de la revolución, y las masas explotadas encargadas de llevarla a cabo. Nuevamente, los naxalitas, organizados como Partido Comunista de India(Maoísta) –PCI(M)—, nos muestran el camino.

Asimismo, es ley histórica que cualquier cambio revolucionario se ha producido necesariamente enfrentando la resistencia armada de las clases dominantes. La burguesía instruye y entrena diariamente a millares de lacayos en el manejo de las armas para la defensa de su orden social. Es por ello que el social-pacifismo, el que propala que los problemas sociales, fundados en la explotación y el antagonismo irreconciliable entre clases, se pueden solucionar “pacíficamente”, simplemente es una apología del monopolio de la violencia del Estado burgués. Otra vez los naxalitas, con decenas de miles de hombres y mujeres en armas, dirigidos por el PCI(M) en guerra popular, señalan la senda.

Finalmente, la transformación de la sociedad requiere que todos los oprimidos tomen parte en ella activamente. No valen las viejas estructuras de delegación y representación, como el parlamento, ideales para la reproducción del viejo sistema, fundado sobre la división social del trabajo. Es por ello que cualquier proceso revolucionario debe romper esa estructura estatal y establecer una nueva, fundada sobre comités populares de base. Frente a la dictadura reaccionaria de los explotadores, la dictadura revolucionaria de los explotados se nos presenta como otra ley histórica. De nuevo, los naxalitas, a través de la edificación de los *Janatana Sarkars* (gobiernos populares), donde directamente son las masas las que organizan su producción, sanidad, justicia, vida cultural y defensa, nos muestran el ejemplo vivo de que efectivamente es posible organizarse al margen de los mecanismos del capital.

Por eso, porque independientemente de la diversidad de condiciones, esa línea que une teoría revolucionaria, organización, guerra popular y nuevo poder, es el camino universal que necesariamente debe recorrer cualquier auténtico cambio revolucionario, y porque los naxalitas avanzan por esa senda, dándonos con su sacrificio ejemplo a todos los pueblos del mundo, es nuestro deber apoyar la revolución en India, aprender de ella y difundir su ejemplo, así como oponerla a las falsas ensoñaciones de reforma y perpetuación de un capitalismo supuestamente “humano”, como las que vienen del gélido norte, tan ilusas como injustas.

Comité Proletario Internacionalista
15 Octubre 2011
cpinternacionalista@gmail.com